

## Ismet İnönü: muerte de un «joven turco» nonagenario

**I**SMET İnönü, a los noventa años, aún era una débil esperanza de reconciliación y gobernación del país. Su muerte se la ha llevado. En todo caso, tampoco este hombre del pasado habría sido una solución para la larga crisis del país. A principios de siglo los cronistas diplomáticos llamaron a Turquía «l'homme malade de l'Europe». El Imperio Otomano llevaba más de un siglo cayendo —como a cámara lenta— en el vacío; quedaba como vestigio de su pasada grandeza un sultán rugiente, esquizofrénico y sangriento, Abdul Hamid, y las naciones de Europa devoraban sus jirones. Unos jóvenes intelectuales y militares implantaron el mito revolucionario de empezar de cero: proclamaron la República y abolieron las costumbres, la tradición y hasta la cultura islámica del imperio (véase TRIUNFO, núm. 580, su jefe visible y su reformista máximo era Mustafa Kemal Pachá (Kemal Atatürk: Atatürk = padre de los turcos), con Ismet İnönü a su lado. İnönü era moderado con relación a Mustafa Kemal, pero no tuvo su ocasión hasta la muerte del jefe, en 1938, a los dieciocho años de la revolución. İnönü fue presidente, luego primer ministro.

Però la posguerra debía arrojar una nueva desgracia sobre Turquía. La nación tenía fronteras con la URSS, tenía una amplia población de pobreza asiática; la puerta de acceso al Mediterráneo de la flota soviética. Un país que no podía escapar fácilmente a las necesidades militares de los Estados Unidos y que debía caer fatalmente en la línea ruda y sin matices de la política de aquel tiempo: construcción de bases —llegaron a ser de cohetes nucleares, en Adana—, ahogo de la oposición izquierdista, implantación de un hombre duro capaz de mantener firmemente al país en la red de pactos que nacían. Ese hombre fue Menderes. Reavivó la llama del sultán Abdul Hamid, sin cesar de proclamarse sucesor de Atatürk. Menderes fue ahorcado en 1961, después de un golpe de estado militar que elevó al poder al general Gursel.

Durante todo ese tiempo, İnönü y su partido republicano del pueblo se mantuvo en la oposición. Una oposición democrática y parlamentaria, que reanudaba la tradición occidentalista de Kemal Atatürk. Siguió en la oposición durante el nuevo régimen de Gursel, reclamando siempre el poder civil —İnönü, sin embargo, era militar: había alcanzado el grado de general en el campo de batalla— y el restablecimiento

de los partidos políticos en todo su vigor, y no como formas encubiertas de la dictadura. Estimaba İnönü que la reimplantación de la democracia podría dar un verdadero equilibrio a la nación. No fue escuchado. En su lugar se entró en el terrible ciclo de re-

presión-terrorismo-represión y una presión de los militares sobre los civiles para que estos gobernaran sin concesiones.

En 1972, Ismet İnönü aún presidía el partido del pueblo; era casi nonagenario, pero mantenía encendida la llama que otros más

jóvenes querían continuar. Se sucedían, sin embargo, los gobiernos conservadores, aun los continuadores de Menderes. Las fuerzas armadas podían vetar, y vetaban, los nombramientos para los altos cargos, las leyes que pudieran parecerles concesiones o entregas. Tras ellos, los Estados Unidos y la OTAN, dispuestos a evitar una neutralización de Turquía. Como en Grecia. Pero con un barniz.

El 14 de octubre pasado se celebraron elecciones y produjeron una sorpresa: el triunfo del partido republicano popular. Las izquierdas —moderadas, pero izquierdas— habían ganado el poder. Ya era tarde para Ismet İnönü, y además, sin duda, había un veto invisible sobre su persona. El viejo «joven turco» se limitaba a dar consejos a sus correligionarios, entre partidas de bridge y de ajedrez, sus dos grandes pasiones.

Consejos inútiles. El partido republicano popular no ha podido gobernar, ni siquiera formar gobierno. Como en la posguerra, como en la guerra fría de la que Turquía —y Grecia— no han conseguido salir, las realidades electorales, las dosificaciones reales de la opinión pública no han podido jugar. Belent Acevit, republicano popular, fue encargado de formar gobierno y no lo consiguió; el presidente pasó el encargo a Soliman Demirel, del partido de la justicia (derechista, que ha alternado en el poder con el demócrata, que fue el partido de Menderes), sin ningún éxito; se buscó a un independiente, una de esas figuras un poco imaginarias que se dicen por encima de los partidos, el senador Naim Talu, y hasta ahora —dos semanas después de su designación— no ha conseguido tampoco reunir las fuerzas necesarias para crear el esperado gobierno de coalición nacional.

Durante estas diez semanas de crisis, desde las elecciones hasta la muerte de Ismet İnönü, se ha estado pronunciando el nombre del viejo compañero y moderador de Atatürk, del revolucionario demócrata, como el único capaz de encontrar una solución. Era imposible.

Turquía no ha dejado de ser «l'homme malade de l'Europe». No se lo han permitido. Es una pieza clave de la estrategia occidental y del Pacto del Atlántico al que pertenece, con Grecia —son los dos países con menos relación real, ni siquiera imaginaria, con el Atlántico de toda la OTAN—, y su valor en ese sentido ha subido en estos momentos de crisis en el Mediterráneo oriental y de escasez de petróleo.

# LA LARGA CRISIS DE TURQUÍA

Kemal Atatürk.





Ismet İnönü.

Los Tribunales continúan funcionando para castigar a la oposición clandestina, a veces con penas duras —se acaban de pronunciar sentencias superiores a los veinte años de cárcel en un proceso masivo—; esta oposición así perseguida se inclina hacia la violencia, y la solución democrática dada por las elecciones no se adopta.

Los auspicios no son buenos. En el río revuelto de la situación actual del mundo de occidente van obteniendo sus ventajas los pescadores del antiapertura, de las maneras fuertes. Toda la

política de regreso a la democratización y de renacimiento de los ideales humanistas de los últimos días de la guerra y de los primeros de la posguerra —hasta la guerra fría— que se estaba promoviendo como consecuencia de la coexistencia está en peligro ahora, en las naciones más débiles en política interior y en las más estimadas desde el punto de vista estratégico. No sería extraño que en Turquía la vieja crisis y la nueva coyuntura se resolvieran en una dictadura más rígida y más visible. ■ JUAN ALDEBARAN.

## LOS CONTEM PORAN EOS

Mientras el cometa se pierde en los espacios siderales, Henry Kissinger continúa dando vueltas a la Tierra. El cometa no trajo el fin del mundo. ¿Y Kissinger? Un enigma. Mister Kissinger —dear Henry— se ha convertido en la

personalidad más fascinante de nuestra era: la era de Kissinger. Hace mucho que he aprendido a desconfiar de las personalidades fascinantes, mujeres o políticos. O maestros de pensamiento, gurus de la intelectualidad, chamanes de las ideas. Por la noche se pueden convertir en Mister Hyde con una asombrosa facilidad. En el caso de Kissinger, puede convertirse incluso a plena luz del día. Se mueve en el neblinoso terreno de la paz y la guerra. Antes, muy antes, se sabía lo que era la paz y lo que era la guerra. Desde que Von Clausewitz —compatriota de Kissinger— dijo que la política era la continuación de la guerra por otros medios, desde que se habla de "paz armada", o de la paz "como intervalo entre dos guerras", o como "hostilidades que no revisten la forma de un conflicto armado", las pistas se han perdido. En ese terreno sin huellas de culpables se mueve el dear Henry.

¿Cuál es el secreto de su fascinación? Dar la sensación de creer en lo que quiere hacer creer a los demás; creer que todo tiene solución y creer en sí mismo. No hay que ir muy lejos para buscar los orígenes de esa escuela. Es la de Dale Carnegie para vendedores y viajantes de comercio. Hay que mirar muy fijamente al cliente a los ojos y al mismo tiempo esbozar una sonrisa. No es nada fácil. Si lo ensaya usted ante el espejo, verá que lo único que obtiene es cara de papanatas, aspecto de subnormal. Kissinger, sin embargo, es virtuoso en este raro arte. Es, en el fondo, el secreto del "playboy", siempre que aceptemos esta homología del político y la mujer en tanto que seres infatuados, guardianes de un

tesoro, superiores y vacíos. No olvidemos que Kissinger tiene también su fama de "playboy" y que suele ser fotografiado en lugares nocturnos con un brazo pasado sobre los hombros de una feliz "starlette".

Creer y hacer

creer son valores de gran cotización en el mundo de hoy, por su escasez. Lo barato y lo abundante es descreer y hacer dudar. Cada día leemos de alguien o de algo que "ha perdido su margen de credibilidad". Creer en sí mismo es una fabulosa conquista: todo se concita en nuestras sociedades para que cada uno se crea por debajo del gusano y no se deje tentar por el demonio de las opiniones propias, de los gustos o de los instintos. En cuanto a la idea de que todo tiene solución en esta tierra, hace probablemente decenios que dejó de ser viable, y quien se atreve a esgrimirla es inmediatamente irradiado de la sociedad de sus gimientes compañeros de travesía. Ni siquiera los nihilistas se atreven a decir que son nihilistas, porque sería algo positivo.

Los grandes dirigentes del mundo ya no tienen la figura del "happy warrior", son ahora unos seres dostoiéwskianos, atormentados por sí mismos cuando no por los demás, autores de discursos apocalípticos, dolientes y llorosos. Se ha dicho adiós al padre de los pueblos, al superhombre feliz y sonriente con cuya consigna del día se acostaba tranquilo el ciudadano en su cama (cuna). Y en esto aparece Kissinger. Toma la antorcha del optimismo, que estaba a punto de apagarse; mantiene la esperanza de lo que se había perdido, y cree que hay soluciones. Un político del sistema Carnegie, un viajante de comercio de paz. "The playboy of the occidental world" titulaba Sunge una de sus comedias —hace casi un siglo—; en España se tradujo como "El farsante del mundo occidental". Algo casi profético. ■

DEAR  
HENRY

POZUELO